

Luis Sazatornil Ruiz (Editor)
Universidad de Cantabria



Historia del mundo atlántico arte y mecenazgo indiano del cantábrico al caribe

Libro capaz de responder a todas las exigencias académicas y al mismo tiempo interesar vivamente al lector profano. Escrito en general en un estilo ameno y claro, sólidamente solventado por una información acuciosa y detallada, es sin dudas un libro de consultas, un libro para aprender y que abre increíbles perspectivas para un pensamiento y visión renovadas y más cercanas a la realidad de lo que fueron las migraciones de cántabros, vizcaínos y asturianos a nuestra América; la influencia y poder que alcanzaron, lo que les debemos y lo que nos deben. Leer este libro es no salir del asombro que producen los datos sobre la transformación de pueblos y aldeas de la península por la contribución económica de los indianos. A continuación, ofrecemos una breve reseña sobre cada uno de los artículos contenidos en este precioso volumen.

Alfredo Rodríguez Iranzo

Vista desde las costas cantábricas nuestra América no deja de resultar asombrosa. Esta es la visión que a su modo nos devuelve Luis Sazatornil Ruiz en su interesante ensayo, pues al hablar del arte y mecenazgo indiano (los emigrantes de aquella región que labraron su porvenir en nuestras tierras), no sólo resalta la labor de artistas y artesanos que trabajaron en ambas orillas patrocinados por las riquezas obtenidas por los indianos, sino que pone de manifiesto la transformación de dicha región por el aporte económico proveniente de este, nuestro lado. Que América haya sido en gran parte causante de esa transformación que sacó a aldeas y pueblos desamparados del País Vasco, de Asturias, Galicia, para convertirlas en centros urbanos modernos, demuestra que finalmente El Dorado fue encontrado. No por los conquistadores, sí por los colonizadores.

“Quien recorra las poblaciones y los campos y se cure de averiguar a qué son debidas las edificaciones urbanas modernas de más lujoso aspecto, las quintas de recreo más ostentosas, las mejoras obtenidas en los servicios públicos locales (alumbrado, comunicaciones, templos, escuelas, asilos, hospitales, etc.), pronto comprenderá la parte principal que ha de asignar al oro americano”. (Félix Aramburu, 1899 Monografía de Asturias).

Suerte diversa, sin embargo, corrieron estos inmigrantes. Muchos se enriquecieron y levantaron monumentos a uno y otro lado del Atlántico (de este lado, el patrimonio colonial de La Habana o ciudad de México, por ejemplo); la gran mayoría, empero, no encontró El Dorado. El éxito se debió —como señala Sazatornil— al “sacrificio continuo” (trabajar y ahorrar) o a la falta de escrúpulos. De los “fracasados” nadie habla.

Sobre ellos pesa un abrumador dictamen: “Nunca mandes a España malas noticias. Aquí

Notas sobre el comercio artístico entre España y América

Alfredo J. Morales
Universidad de Sevilla

triunfamos todos, hasta los que estamos muertos. ¿Entiendes?” (A. Camín), y más consoladoramente: “...más val que güelvas con los bolsillos vacíos que con la conciencia remordía. Hay caudales que queman las manos, hiju míu” (*El sol de los muertos*, M. Llano).

Este trasvasamiento de riquezas comienza ya en el siglo XVII, pero será durante todo el XVIII y XIX, y a fines de éste y comienzos del XX donde alcanza su mayor auge. El impacto producido en toda la Cantabria será de importantes consecuencias: por un lado, la transformación ya apuntada; por el otro, el estímulo a la emigración, que sacaba a los jóvenes y segundos (los que ya no tenían oportunidad en el mayorazgo) de sus tierras que partían con la esperanza de hacer fortuna y hasta ganar, a la vuelta, un título nobiliario. Esta situación se hizo merecedora de fuertes críticas al modo indiano, por la ostentación y el mal ejemplo. Figuras como Gaspar Melchor de Jovellanos, Leopoldo Alas (Clarín), Armando Palacios Valdés y Ramón del Valle Inclán no escatimaron sus dardos en contra de estos indianos enriquecidos. Sin embargo, esta actitud cambiaría por una percepción más positiva hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX.

Tanto aquí como allá, los artistas y artesanos eran dependientes de toda esa riqueza, pero este mecenazgo era muy diferente al del Renacimiento, por ejemplo, pues aquí ellos eran unos asalariados más. Para las “villas y castillos” de la Cantabria, era común traer “al arquitecto de París, a los decoradores de Barcelona, las vigas de Bilbao y los mármoles de Italia”.

Medido y bien sustentado, este estudio de Sazatornil puede acaparar la atención tanto del académico como del profano, por el estilo sencillo, directo y al mismo tiempo certero del autor que ha tenido también el acierto de escoger y colocar en el momento oportuno las jugosas citas que adornan su discurso.

En el conjunto de mercancías que alimentaron el tráfico comercial entre España y América, el arte y la artesanía tuvieron un papel de gran importancia, no sólo pecuniaria sino también de difusión cultural. En apretada síntesis, Alfredo J. Morales traza el recorrido de este tráfico, su impacto y sus consecuencias a ambos lados del Atlántico, y aún más allá, en los confines del Pacífico (Japón, India, etc.) Esto último, que puede resultar insólito, es uno de los tantos aportes que el autor nos provee: la red comercial creada por España se extendía desde ésta a las Indias, Veracruz, Acapulco y de allí hasta las Filipinas, Manila, Japón, Camboya, Siam, Ceilán, India e incluso Persia, ida y regreso. En este contorno circulaban obras de arte, piezas de orfebrería, retablos, joyería, plumarias, tejidos, porcelanas, marfil, nácar, madera lacada, dorada y con incrustaciones de nácar. El centro comercial, de exportación y acopio fue la ciudad de Sevilla, cuya Casa de Contratación, creada en 1503 estuvo vigente hasta 1717, siendo trasladada posteriormente a Cádiz, y que teniendo entre sus atribuciones la facultad de “controlar, intervenir, inspeccionar, registrar y fiscalizar” todo este intercambio que proveía a la corona de jugosos impuestos. Esta ciudad fue transformada por el intenso ajeteo de esta actividad. Se agolparon en ella no sólo los comerciantes y productores de diferentes bienes y servicios, sino también artistas y artesanos que desarrollaron grandes talleres para dar satisfacción a la demanda de objetos, tanto religiosos como profanos (cálices, retablos, pinturas, esculturas, joyería, etc.). Parte para el servicio religioso y la decoración de las iglesias; parte para los particulares. Este comercio llegó a ser tan abundante que los artistas maestros tuvieron que crear una producción en serie en sus talleres, con aprendices que ejecutaban, copiaban y repetían los modelos por ellos indicados. Por ejemplo, en

los talleres de López Carrasco fueron pintados 216 cuadros en ocho meses; en los de Luis Carlos Muñoz, 108 en cuatro meses. El mismo Zulbarán pintaba y enviaba sus cuadros a Lima, México, Buenos Aires.

Estos artistas también ampliaron su negocio comerciando objetos, materiales y herramientas propios o cercanos a su oficio.

Aparte del resultado monetario, todo este intercambio tuvo también un fruto insospechado: el intercambio de técnicas y motivos decorativos propios de cada cultura: los artistas y artesanos orientales tomaban los encargos con ciertos requerimientos europeos, pero la técnica y los motivos con que los realizaban eran propios de su cultura; asimismo, los españoles quedaron sorprendidos por la capacidad y calidad de la mano de obra indígena americana, que elaboraban los pedidos aportando también su técnica y su visión. Estas obras descubrieron para Europa un nuevo tesoro: desde los objetos americanos a los orientales. Se dice que sólo Felipe II llegó a coleccionar 3.000 piezas de porcelana.

Pocas fueron las obras por encargo frente a la cantidad realizadas en lotes, de allí la baja calidad de la mayoría de ellas. Pero entre las primeras, muchas son todavía hoy admiradas, a una y otra margen del Atlántico. En la ciudad de Lima, por ejemplo, se encuentra un retablo de Juan Martínez Montañés y un zócalo de azulejos (esto es, una pared entera), de Hernando de Valladares, en el convento de San Francisco, ambos de una impresionante belleza por su concepción, técnica y factura. Otro tanto ocurre en México y en España, en cuyos museos, conventos, templos o colecciones particulares se hallan obras de una extraordinaria calidad. Este comercio rindió sin dudas un producto pecuniario importante para todos los que participaron en él, directa o indirectamente, como el caso de la corona, por los impuestos. Pero las consecuencias en el tejido